

## PERÚ: LA AUSENCIA DE SÍNTESIS

*Fidel Tubino Arias-Schreiber*

*Pontificia Universidad Católica del Perú*

*"... De pavores y espantos y angustias y desgarramientos se ha hecho el milagro de todas las patrias; pero aunque la nuestra puede ser más dulce que cualquiera, no nos avergüenza ser crueles con ella, y mientras unos se ponen a soplar estérilmente en los siniestros 'pututos' del encono, en otros reaparece de pronto la ancestral dureza del abuelo corregidor".<sup>1</sup>*

### 1. La identidad nacional como carencia de ser

Los peruanos sabemos lo que no somos y no lo que queremos ser. No sabemos lo que somos y lo que deseamos ser. Somos una colectividad sin proyecto, una colectividad sin contornos, una colectividad sin rumbo. Creo que nuestro país adolece de una crisis crónica de identidad, es decir, de ubicación en el tiempo y en el espacio. Los peruanos no solemos definirnos como colectividad de manera positiva; nos definimos más bien por nuestras carencias, por lo que nos falta, por lo que no somos, por lo que no deseamos ser. Lo valioso es siempre una externalidad estructuralmente distante, ajena, extraña. Somos carencia, carencia de lo ajeno, carencia de ser. Nacimos como nación con una identidad truncada, con una relación defectuosa con nuestras pertenencias. Tenemos, como decía Salazar Bondy, una identidad descentrada porque la relación que mantenemos con nosotros mismos –con “lo propio”– es estructuralmente una relación fallida.

Pero, ¿qué es “lo propio”? Una primera posibilidad es entenderlo como una esencia permanente, como sustancia, es decir, como lo subyacente, lo que no se modifica a través del tiempo y que por ello, permite identificarnos como siendo “lo mismo” a través del cambio y la diversidad. Una segunda posibilidad es entenderlo como un *télos*, una finalidad compartida, una

---

<sup>1</sup> Basadre, Jorge. *Meditaciones sobre el destino histórico del Perú*. Lima, Ediciones Huascarán, 1947. p. 95

vocación común, una orientación valorativa, una tarea común que congrega a la diversidad y le otorga sentido a la convivencia.

Como esencia permanente, lo propio se construye mediante acciones colectivas sostenidas en el tiempo. Es así por ejemplo como se construyen las identidades nacionales: mediante políticas de construcción nacional –national buildings– tramitadas desde el estado-nación. Pero las identidades nacionales se construyen siempre en oposición a otras identidades, es por ello que crecen en los períodos de guerra y se fortalecen en los períodos de paz. Son identidades en conflicto. Identidades que se construyen marcando la diferencia con otras identidades, identidades que conllevan la confrontación como potencialidad siempre presente.

## 2. El Perú como tarea

Podemos pensar lo propio como tarea a futuro, como proyecto común. Pero para que esto se dé es necesario compartir un ethos, una cultura común. El Perú como tarea a futuro, como proyecto compartido por las diversas colectividades presupone la creación de una cultura transcultural, valores comunes que hagan razonable la convivencia desde nuestras diferencias culturales, políticas y religiosas. Y eso es justamente aquello de lo que carecemos es decir, una cultura política pública arraigada en la diversidad y por ello mismo compatible con la pluralidad de credos, culturas y opciones ideológicas de los ciudadanos. Esta cultura pública no puede ser una cultura superpuesta como una externalidad ajena, debe ser más bien, una cultura común enraizada en los ethos de la gente. Solo de esta manera la participación en un proyecto común adquiere legitimidad y sentido para todos, y por ende, se torna vinculante y capaz de motivar una empresa que congrege a los ciudadanos respetando su diversidad y reconociendo sus diferencias como valiosas.

“Un país [decía Basadre] es algo en que nacemos y que –querámoslo o no– nos otorga muchos elementos fundamentales de nuestra ubicación dentro de la vida... Pero **–no lo olvidemos nunca y menos ahora– es también empresa, proyecto de vida en común, instrumento de trabajo en función del porvenir**”.<sup>2</sup> Sin embargo, aún no nos hemos construido un rumbo unitario como país. Somos por lo contrario una comunidad imaginada, cuya esencia –también imaginada– es el descentramiento, es decir, el estar lanzados hacia fuera desde ningún centro.

La cultura nacional del Perú es la cultura urbana castellano-hablante. Esta cultura no es sin embargo una cultura que lleve en sí “la multiplicidad

---

<sup>2</sup> Basadre, Jorge. Discurso pronunciado en Torre Tagle el 26 de enero de 1979.



de tradiciones" que nos conforman. Es una cultura sin centro, o, como decía Salazar Bondy, una cultura que torna a la mayoría de los peruanos ajenos a sí mismos, una cultura que no se ofrece como espacio de reconocimiento recíproco, una cultura que nos des-realiza.

Desde una auto-imagen empobrecida y auto-mutilante, los peruanos somos por ello presa fácil de las influencias culturales externas, pues al no poseer centro, no disponemos de criterios de selección de lo externo. Nos hemos acostumbrado a mirar lo familiar como defecto y lo extraño como valioso. Nos hemos quedado sin criterios de valoración de "lo ajeno": por ello, el contacto con lo ajeno nos enajena: no porque sea enajenante *per se* sino porque tenemos originariamente una relación defectuosa con nosotros mismos.

La "cultura nacional" es una cultura de la carencia. La carencia de ser es, para nosotros, nuestro sino. Carecemos de virtudes cívicas, carecemos de proyecto nacional, de orientación compartida, carecemos de una identidad que nos unifique desde nuestra diversidad, carecemos, siempre carecemos. La cultura nacional es, por ello, una cultura en falta.

Somos un país donde lo real no es como aparece, donde el espacio público no es lugar de aparición de lo verdaderamente importante, donde la agenda pública no se centra en los grandes problemas nacionales, donde las élites intelectuales están ausentes de la deliberación pública, donde la historia oficial es un relato compacto que ignora la vivencia de los excluidos, donde la memoria histórica de la nación se halla totalmente dislocada de las memorias y las culturas locales.

Para construirmos como tarea a futuro, "como proyecto de vida en común", como "trabajo en función del porvenir" tenemos que empezar por hacer del espacio público un lugar de aparición de lo realmente importante y de la deliberación política un debate sobre los grandes problemas nacionales. Pero sobre todo, debemos re-escribir nuestra historia, hacer de ella la conjunción de nuestras memorias, la expresión de nuestros recuerdos y de nuestros olvidos.

### **3. La cultura nacional como híbrido inconcluso**

Jorge Basadre nos ha enseñado con magistral hondura por qué "la síntesis social peruana no se ha realizado aún"<sup>3</sup>. El Perú –sostenía con la lucidez y la honestidad intelectual que lo caracteriza– es un país complejo, fracturado, sin vasos comunicantes entre sus colectividades, compuesto por "una serie de compartimentos estancos, de estratos superpuestos o coincidentes, con

---

<sup>3</sup> Ibid, p. 35.

solución de continuidad"<sup>4</sup>. La Nación peruana –hay que decirlo– no ha logrado constituirse en lugar de encuentro de la diversidad. El “verdadero Perú”, el que anhelamos, es aún, por desidia, un problema, pero “es también, felizmente, posibilidad”<sup>5</sup>.

Hablar del Perú como problema es hablar de una historia de exclusiones, de silencios cómplices, de desencuentros identitarios, de procesos inconclusos, de cursos y recursos. En el Perú la exclusión de las culturas originarias fue y sigue siendo soslayada mediante el ideograma del mestizaje: desde esta perspectiva la identidad nacional suele ser presentada como un logro, no como una tarea. Extraña postura esta de usar ideológicamente la teoría del mestizaje para no vernos como “un país complejo, fracturado, sin vasos comunicantes entre sus colectividades”. Ignorando este, nuestro punto de partida, la identidad nacional –es decir, la peruanidad– fue presentada la síntesis viviente de lo indígena y lo hispano. Síntesis que nunca se produjo y que más bien dio lugar a complejos procesos de superposición, hibridación y diglosia tanto lingüística como cultural. El mestizaje no es síntesis, es fusión compleja, es acomodo y reacomodo de lo diverso, es expresión de una historia de flujos y reflujos, de encuentros y desencuentros que no han logrado superar aún la brecha entre la cultura hegemónica –la cultura urbano castellano hablante– y las culturas subalternizadas desde la conquista española. Es en este sentido que Basadre enseñaba que en el Perú “aún no se ha resuelto fundamentalmente el problema creado por la conquista española cuando se superpuso el grupo conquistador (y quienes siguieron a los conquistadores) a la masa indígena. Esa especie de dualismo no se ha roto definitivamente a pesar de la existencia de un vasto mestizaje”.<sup>6</sup>

La síntesis social peruana –solía decir Jorge Basadre– “no se ha realizado aún” y –diría yo– tal vez no tengamos que aspirar a realizarla. Antes que aspirar a una integración sintética de la diversidad, lo que urge, para empezar a generar formas de convivencia dignificantes, es visibilizar la diversidad, y a partir de allí, y solo de allí, establecer vasos comunicantes que nos permitan dejar de ser “una serie de compartimentos estancos, de estratos superpuestos o coincidentes, con solución de continuidad”.

La creación de un espacio público de deliberación entre la pluralidad de opciones políticas y la diversidad de opciones culturales es el punto de partida de la convivencia razonable. Pero el espacio público peruano se caracteriza por la exclusión de la diversidad cultural, no es un espacio

---

<sup>4</sup> Ibid.

<sup>5</sup> Ibid, p. 36.

<sup>6</sup> Macera, Pablo. *Conversaciones con Basadre*. Lima, Mosca Azul Editores, 1979. p.129.



abierto, es un espacio cerrado, sesgado. Las formas de deliberación cultural no son reconocidas como válidas y la agenda pública no incluye las percepciones que la gente tiene de los problemas nacionales. La inclusión de las diferencias en el debate público: esta es la gran tarea pendiente por donde debe empezar la construcción de una Nación que acoge y reconoce su heterogeneidad sin disolverla en una entidad homogénea. Eso es lo que el Perú aún no es, lo que nunca fue, lo que debemos querer ser.

La cultura nacional no es pues ni debe aspirar a ser una síntesis viviente de lo diverso; es una síntesis truncada, una imposible fusión, un híbrido inconcluso. Pero la cultura nacional es sobre todo una cultura "diglósica". La diglosia es un fenómeno cultural que por ahora se estudia solamente en su aspecto lingüístico. "La diglosia remite a la coexistencia, en el seno de una formación social, de dos normas lingüísticas de prestigio social desigual"<sup>7</sup> Pero hablar de coexistencia asimétrica de lenguas es hablar al mismo tiempo de coexistencia de culturas "de prestigio social desigual", pues las lenguas no son ajenas a las culturas que expresan y comunican. Hay diglosia pues, no solo entre las prácticas verbales sino también entre las otras prácticas culturales no verbales. Las relaciones de prestigio social entre las prácticas culturales son relaciones semejantes a las relaciones de poder que nos evidencia la diglosia cuando hay colisión de normas lingüísticas. Se puede por ello hablar también de "colisión de normas culturales" cuando coexisten prácticas culturales de prestigio social desigual.

Un concepto clave para entender la naturaleza de los contactos culturales entre las prácticas verbales y entre las prácticas no verbales, es el concepto de "situación comunicativa". Sabido es que "...la diglosia supone que el empleo de una u otra norma depende no solo de la competencia cultural de los individuos o grupos socio-culturales, sino también de **las situaciones comunicativas y de los propósitos que mueven a sus actores.**"<sup>8</sup> Esto quiere decir que se trata de un fenómeno polimórfico y multifacético que se configura y desconfigura en función de las "situaciones comunicativas" en las que se ven envueltos los hablantes. Pero las situaciones comunicativas varían según las intenciones de los hablantes. De acuerdo a la intención subjetiva del agente y de la situación en la que se encuentran las normas lingüísticas actúan entre sí. Así, por ejemplo, en determinadas situaciones comunicativas en las que los "representantes" de la cultura hegemónica no ocupan una función de privilegio, "la norma cultural y lingüística desprestigiada socialmente" restablece la hegemonía que pierde en aquellas situaciones en las que el representante de la cultura desempeña

<sup>7</sup> Ibid, p. 72.

<sup>8</sup> Ibid, p. 74.

un rol socialmente relevante. Así por ejemplo, en las asambleas comunales indígenas del pueblo shipibo, la agenda se construye y se debate en lengua materna y las soluciones planteadas a los problemas comunitarios no son las esperables desde la visión urbana castellano-hablante. Pero al mismo tiempo, si se trata de llevar un problema y hacer una gestión ante una oficina del Estado, o los dirigentes encargados de realizarla, se expresan en castellano y con sorprendente facilidad aceptan las reglas de juego del discurso oficial. Hay muchas evidencias que nos pueden ayudar a entender que en los contactos culturales las culturas se superponen: ni se excluyen ni se integran. El fenómeno de "la yuxtaposición cultural" acontece según las situaciones y las intenciones comunicativas de los hablantes.

Otro aspecto interesante de subrayar en las situaciones diglósicas, es que no solo hay préstamos lingüísticos de arriba hacia abajo sino también de abajo hacia arriba. Esto quiere decir que los cambios culturales se operan en doble dirección. Algo semejante sucede en las relaciones entre la cultura hegemónica y las culturas subalternas: se producen modificaciones recíprocas. Los representantes de las culturas subalternas se apropian de los hábitos y las costumbres de la cultura hegemónica pero adquieren en el nuevo contexto una significación social diferente. Así por ejemplo, es muy distinto el significado que tiene para una familia de recursos limitados de Lima, salir a cenar un domingo a un Mac Donald ubicado en un gran centro comercial, que el significado que tiene ese mismo acto para un grupo de funcionarios que sale media hora a devorar rápidamente un refrigerio en el mismo Mac Donald al día siguiente. Los préstamos culturales son, en este sentido, semejantes a los préstamos lingüísticos: sus significados varían según los nuevos contextos de uso. En pocas palabras, los préstamos culturales y los préstamos lingüísticos son procesos de resignificación.

Una última y tal vez innecesaria aclaración: la cultura y la lengua hegemónica, es decir, la cultura y la lengua de prestigio, adquieren relevancia social porque son socialmente funcionales en los espacios públicos de la convivencia social. En nuestro caso, la cultura de prestigio, la cultura urbana castellano hablante, es la cultura de lo público. Se expande por todos lados: por las postas médicas, por los juzgados, por las escuelas, por la radio, por la televisión, etc. Pero su prestigio reside en el hecho de que es **la cultura de los accesos**: al mercado, al mundo laboral, a la administración de la justicia, a la información, a la diversión a la política. Es la cultura societal del país: la única que dispone de funcionalidad social más allá de lo privado.

Nuestra cultura societal no es una cultura originaria: es una cultura construida en base a complejos procesos de resignificación de un conjunto de ideas, valores, formas de comportamiento y modelos de vida importados de fuera. Pero no es una vana caricatura de lo externo pues no está construida



desde el paradigma de la imitación. Las significaciones no se importan o exportan, no son bienes de consumo, se recrean siempre en función de las intenciones de los hablantes y las situaciones comunicativas en que se insertan. La "cultura oficial" urbana castellano hablante no se tramita exclusivamente desde el Estado: se expande también desde la sociedad civil y los partidos políticos. No es una cultura-síntesis. Es una cultura descentrada pero no es solo calco o imitación defectuosa de lo externo.

La cultura nacional es un ethos compuesto por yuxtaposiciones y compartimentos estancos en base a los que se construyen nuestras descentradas identidades. Extrañas identidades que buscan lo valioso fuera de sí mismas y que por consecuencia aprenden a mirar lo propio con una mezcla de condescendencia, desconfianza, y soterrado cuando no explícito menosprecio.

#### 4. El "unitarismo centralista" es nuestro defecto articulador

¿Qué une a los peruanos, qué proyecto de país compartimos, qué modelo de convivencia anhelamos, cuál es nuestra comunidad política de pertenencia?, en qué somos semejantes en medio de las diferencias sociales, culturales, ideológicas? ¿Qué somos como colectivo más allá de nuestras carencias reconocidas? ¿Existe la nación peruana?

Basadre consideraba que el Perú es, más que una realización, una tarea pendiente. El Perú es, en este sentido, no solo problema sino también y sobre todo posibilidad. Es decir, proyecto, pero ¿proyecto de qué? Los peruanos no tenemos para ello una respuesta compartida más allá de nuestras diferencias y nuestras divergencias. El Perú no es un proyecto convergente, la historia así nos lo muestra.

Y, ¿hay algo que permanece inalterable a lo largo de nuestra historia y que nos permite concebirnos como participando de una historia común? Al respecto la respuesta de Basadre es sugerente e insólita:

**"Existe [decía] un hecho histórico ininterrumpido** y es que el Perú, en el territorio que hoy llamamos el Perú, a pesar de los recortes o cambios a través de los siglos, ha habido un hecho muy importante: **la existencia de una fuerza centralizadora, que ha sido el Estado. La tenemos desde antes de los Incas, con los Incas, la Conquista, en el Virreynato, en la Independencia y en la República**"<sup>9</sup> En otras palabras, lo permanente a través del cambio, lo que se ha mantenido como fuerza unificante, no es ni la cultura ni un proyecto nacional: es el Estado centralizador, es la ideología centralista. El burocratismo del Estado centralista,

<sup>9</sup> Macera, Pablo. *Conversaciones con Basadre*. Lima, Mosca Azul, Ed. 1979, p. 129.

la soberbia limeña, los rencores que despierta, el antilimeñismo provinciano. Extraña manera de estar juntos, unidos por una fuerza centralizadora que es al mismo tiempo disgregadora, aglutinados por un defecto estructural en la convivencia.

¿Por qué es defectuoso nuestro modelo de Estado? Entre otras razones porque el Estado centralista ha sido hasta ahora incapaz de "formular cuidadosamente y aplicar con inteligencia un Proyecto nacional enrumado hacia plazos inmediatos, mediatos y largos"<sup>10</sup>. Los proyectos nacionales a largo plazo son inservibles si no se aplican con inteligencia a corto plazo, si no se inician en el presente y abren caminos irreversibles para las generaciones futuras.

El centralismo y el carácter homogeneizante del Estado republicano se construyó sobre la herencia centralista del Estado colonial y la herencia prehispánica. Es un modelo de Estado que se ha encargado de impedir siempre que "las intenciones descentralistas"<sup>11</sup> tengan éxito. Me temo que actualmente estemos otra vez enfrascados en otra intenciona frustrada de antemano. Y esto es así porque para que los intentos descentralizadores no sucumban en intenciones fallidas es absolutamente necesario que los peruanos aprendamos a mirarnos a nosotros mismos de una manera diferente, a concebarnos como colectivo complejo, como un conjunto de compartimentos estancos sin vasos comunicantes que es necesario unificar sin soslayar las diferencias.

Para ello es absolutamente necesario empezar por entendernos y por ende a narrar nuestra historia común haciendo converger en ella la multiplicidad de tradiciones que nos conforman. La descentralización del Estado tenemos que entenderla como parte de una descentralización más grande, de una descentralización mental: tiene por ello que venir acompañada de un cambio cultural. El centralismo del que habla Basadre no es solamente un problema administrativo, es sobre todo un problema de mentalidad, nuestra manera de concebarnos a nosotros mismos es fuertemente centralista. No podemos seguir dividiendo en nuestras mentes al Perú entre la capital y provincias. La descentralización mental debe ser nuestro nuevo punto de partida para construirnos como colectividad incluyente de la diversidad que nos conforma.

La versión de Basadre es sugerente pero muy incompleta pues una de los grandes problemas nacionales que tenemos es la ausencia de Estado

<sup>10</sup> Basadre, J. Ibid. p. 365.

<sup>11</sup> Ibid. p. 211



Esta es la vía por la cual la “promesa de la vida peruana” podrá dejar de ser solo posibilidad y pasará a convertirse también en realidad compartida por todos los peruanos.

## **6. Hacia un nacionalismo defensivo constructor de la diversidad**

Como efecto de la globalización hoy en curso los estados nacionales se encuentran seriamente debilitados en su autonomía económica, política y cultural. El estado-nación –decía Basadre– es “como un viejo templo que solo se mantiene en pie por la superstición de sus feligreses y el peso de su propia estructura. El Estado se eleva así como una monumental pieza de arqueología industrial en una época en que las identidades se vuelven complejas, los poderes se dispersan, las soberanías resultan difusas y las entidades colectivas no son construcciones fijas, hechas y acabadas, sino estructuras en un permanente proceso de asimilación (o rechazo) de su entorno...”<sup>14</sup> El modelo dieciochesco del estado-nación es un modelo francamente caduco, incapaz –por razones estructurales y de concepción– de afrontar los problemas y de responder a los retos que le plantea la dispersión de la soberanía y la hibridación de las identidades complejas.

Hoy más que nunca se hace necesario redefinir el estado y la estructura básica de la sociedad desde otra perspectiva y desde otras urgencias. La homogeneización cultural puesta en marcha por la globalización neoliberal está generando por un lado, procesos de aculturación forzada de consecuencias imprevisibles y por otro lado, reacciones identitarias de reivindicación étnica que atomizan la convivencia y hacen inviables los proyectos compartidos. Creo por ello que es momento también –sobre todo en países como el nuestro– de asignarle al estado-nación funciones especiales de protección de las culturas locales. El estado-nación tiene que ser capaz de actuar como muro de contención de las influencias externas y el nacionalismo debe actuar como identidad defensiva de la diversidad cultural frente a la agresión indiscriminada de la lógica global.

“... el nacionalismo [decía por ello Basadre] que, en otras partes, no es necesario o, fatalmente, está superado, urge aquí. En otras partes, el nacionalismo es algo destructor, aquí debe ser constructor. Constructor de conciencia y constructor de soluciones. En otras partes es ofensivo, aquí necesita ser defensivo. Defensivo contra el ausentismo y defensivo contra la presión extranjera, de absorción material o mental”.<sup>15</sup>

<sup>14</sup> Rubert de Ventós, Xavier. *De la identidad a la independencia*. Barcelona, Anagrama, 1999. p. 71

<sup>15</sup> Basadre, Jorge. *Ibid.* p. 35.

en vastas regiones del territorio nacional. Y con ello no me refiero solo a las zonas de frontera, sino a las zonas altas de la región andina y gran parte de nuestra Amazonía. En otras palabras, ni siquiera el Estado ha funcionado como eje articulador de la nación, o, para hablar con propiedad, lo ha hecho de manera insatisfactoria e insuficiente.

### **5. La cultura política pública como nuevo eje articulador**

El Perú requiere más que nunca de una nueva conciencia ciudadana, es decir, de una conciencia que no soslaya las diferencias sino que se enraiza en ellas. La nueva conciencia ciudadana debe dejar de ser una categoría abstracta, puramente jurídica, formal. Debe empezar a llenarse de contenido, debe por ello empezar a nutrirse de la diversidad de culturas políticas que ya existen. No puede ser una conciencia de los derechos que corra paralela a las concepciones de la ciudadanía que están operando ya en las mentalidades de la gente. En otras palabras, la cultura política debe "localizarse" para que adquiera legitimidad. Solo puede empezar a gestarse a partir de "los localismos" ya existentes para gestar progresivamente desde ellos "la autoconciencia de nación, que no existe"<sup>12</sup> aún. Es importante por ello no postergar la tarea de construir desde la diversidad una conciencia nacional ni alejada de lo criollo ni de lo indio "como la Emancipación sanmartiniana y bolivariana"<sup>13</sup>.

La Nación peruana tiene que empezar a comprenderse como espacio de encuentro de las identidades divergentes y no como unificación de las mismas. Reconocer la diversidad de culturas políticas y valorar la diferencia es el punto de partida de la construcción del Estado multicultural que el país necesita.

**La nación peruana es viable y necesaria como potencial espacio de encuentro de la diversidad.** Basadre pensaba que ello debe ser promovido desde un Estado nacional enraizado en los múltiples localismos que nos componen y no a pesar de ellos. La localización de la cultura de los derechos implica colocar como temas en la agenda pública:

- a. La necesidad de construir ciudadanías diferenciadas,
- b. La importancia para ello de interculturalizar las esferas públicas,
- c. para lo cual hay que hacer de la sociedad civil un espacio inclusivo de la diversidad, y
- d. construir un estado cultural y político descentralizado, es decir, un estado multicultural.

---

<sup>12</sup> Ibid, p. 210.

<sup>13</sup> Ibid, p. 186.



En los momentos de crisis de soberanía se hace más necesario aún reinventar las identidades nacionales para

- deconstruir los viejos nacionalismos homogeneizantes y excluyentes de la diversidad y,
- construir una cultura política integradora auténticamente intercultural que parta del reconocimiento de la diversidad de culturas políticas locales.

Pero la revalorización de las culturas locales debe evitar la proliferación de localismos intolerantes y "separatismos suicidas". Refundar las identidades nacionales significa reconstruir lo nacional desde lo local en todos los campos. Así por ejemplo, el acuerdo nacional que nos falta para refundar el pacto social y construirnos como país con proyecto a futuro debe empezar en el ámbito de lo local. Pero los localismos tienden a ser cerrados e intolerantes porque son movimientos reactivos y defensivos. Por ello, hay que empezar por gestar localismos abiertos y tolerantes, capaces de aportar desde su especificidad al desarrollo de un proyecto nacional inclusivo. Es en este sentido que, por ejemplo, "... el estudio del quechua y del aymara y de los demás idiomas nativos no solo debe servir para la investigación y la difusión de nuestras valiosas culturas autóctonas, sino como uno de los factores para seguir construyendo un Perú lejos de separatismos suicidas, más unido, más coherente, con el debido respeto a sus distintos grupos históricos y a la altura de los tiempos que vivimos y de los que vienen".<sup>16</sup>

El gran problema que generan los nacionalismos modernos y los Estados nacionales es que al ser excluyentes de la diversidad, terminan generando localismos intransigentes y fundamentalismos étnicos desintegradores del tejido social. El estado nacional moderno no practica la democracia cultural. Las culturas nacionales que cohesionaron a los diversos pueblos en un proyecto nacional común han sido las culturas hegemónicas de la sociedad y los proyectos nacionales han sido los proyectos de los sectores dominantes. **La deliberación pública intercultural ha sido y sigue siendo una práctica ausente en la construcción de las naciones.**

## **7. Para proyectarnos al futuro tenemos que empezar por reencontrarnos con nuestras tradiciones y con nuestras memorias colectivas**

"... Un país [decía Jorge Basadre] lleva en sí, por cierto, una multiplicidad de tradiciones. Está él ahí, antes e independientemente de nosotros, sus individuos transitorios.

---

<sup>16</sup> Basadre, Jorge. *Perú: problema y posibilidad* (Ensayo de una síntesis de la evolución histórica del Perú, con algunas reconsideraciones, cuarentisiete años después). Lima, Fundación M. J. Bustamante, 1994. 4ª. Edición. p. 294

Es algo en que nacemos y que –querámoslo o no– nos otorga muchos elementos fundamentales de nuestra ubicación dentro de la vida. Pero debe estar compuesto por hombres y mujeres capaces de ubicarse no en una sino en las dos grandes dimensiones del tiempo: el pasado y el futuro. Conviene que mantengan esos hombres y mujeres lo que hay de esencial e insobornable en la memoria colectiva y que no se encierren artificialmente en la asfixia cronológica del momento presente. En suma, repito, un país es una multiplicidad de tradiciones. Pero –no lo olvidemos nunca y menos ahora– es también empresa, proyecto de vida en común, instrumento de trabajo en función del porvenir”<sup>17</sup>.

Nuestros relatos identitarios se gestan al interior de tradiciones locales. Ellas nos proporcionan los marcos éticos referenciales que nos permiten definir quiénes somos, qué apreciamos, qué queremos y de esta manera convivir con los demás. Saber quiénes somos es saber qué queremos. Nuestras tradiciones de pertenencia son nuestro ethos, son el suelo que nos proporciona los modelos de vida buena que nos permiten en definitiva construirnos un proyecto de vida personal y un proyecto de vida comunitario. Pero sobre todo nos permite entender nuestro pasado, abrírnos al futuro y no permanecer anonadados en “la asfixia cronológica del momento presente”.

El reconocimiento de nuestro país como constituido por una diversidad de tradiciones irreductibles no tiene por qué devolvernos a la nostalgia del bien perdido. “...El pasado peruano no es algo colmado y admirable”<sup>18</sup> El mito de la utopía arcaica es resultado de una idealización del pasado que nos impide abrírnos al futuro como colectivo y concebírnos como “proyecto de vida en común en función del porvenir”. Creo, sin embargo, que hay que aprender a entender qué anhelos frustrados, qué expectativas incumplidas, qué necesidades, qué sueños y qué ilusiones han dado lugar a su creación colectiva. Pues la utopía arcaica no es una creación académica, es una creación social que la academia tiene el deber de entenderla.

“...Es sabido que el individuo sano vive porque tiene memoria, porque sabe cómo se llama, cómo fue su vida anterior; si no, caería en la locura, en la inconsciencia. Piensa, habla y actúa ‘a partir de’, ‘sabiendo que’, es decir, teniendo la previa capacidad de recordar. La colectividad humana vive también por la misma base y el mismo germen”.<sup>19</sup>

El recuerdo de las distintas visiones y versiones del pasado y la recuperación de las diversas narrativas de lo que ha sido es por lo tanto

<sup>17</sup> Basadre, Jorge. Discurso pronunciado en Torre Tagle el 26 de enero de 1979.

<sup>18</sup> Ibid, p. 35.

<sup>19</sup> Ibid, p. 33.



el punto de partida en la construcción de un país fracturado y escindido, a pesar del mestizaje producido. No hacerlo es caer en la locura, en la inconsciencia, en comportamientos colectivos regresivos, en la repetición compulsiva de lo ocurrido. Tenemos por ello que refundar la historia a partir de la recuperación de las memorias colectivas, de las memorias locales, regionales.

Pero, ¿qué hay de insobornable en las memorias colectivas? ¿En qué consiste ese núcleo que debemos reconocer y respetar incondicionalmente y que no debemos alterar por razones funcionales de ningún tipo? Creo que el llamado de Basadre a la recuperación de nuestras memorias colectivas es un imperativo ético en base al cual podremos construirnos por fin una identidad nacional como espacio de encuentros interculturales

## 8. Forjando la conciencia nacional desde la diversidad

A lo largo de nuestra historia lo local se ha opuesto a lo nacional tanto en lo político como en lo cultural. Las representaciones nacionales no han sabido ser expresión de los problemas locales y las representaciones locales no han sabido insertarse en una visión de país. Sin embargo, “... la solución está en forjar por medio del localismo, la autoconciencia de la nación, que no existe” En otras palabras, los localismos abiertos deben ser el suelo, el punto de partida, el fundamento siempre presente de nuestra integración como nación incluyente de la diversidad. “Se dice –sin embargo– que en la vida local no se siente; pero **hay que suscitar, precisamente, cuestiones públicas** que puedan ser sentidas por la colectividad local”<sup>20</sup>.

“...Urge que el peruano sea cogido por sus preocupaciones y que luego por un mecanismo adecuado sea obligado a complicarse con otros peruanos en afanes más amplios, a luchar, a apasionarse, acometer empresas, exigir más, a ser responsable, que piense más, que intente más, que sea más impetuoso”<sup>21</sup>. En otras palabras, que se atreva a ser ciudadano de su localidad para, desde allí, construirse como ciudadano de la nación. Que perciba los avatares de lo local desde los avatares de lo nacional, que asuma los problemas nacionales como problemas propios, que se comprometa con el destino del país sin por ello desentenderse del destino de su comunidad. Que empiece a dejar de ser pasivo consumidor de doctrinas y discursos y pase a ser activo gestor de su destino desde “lo moral y materialmente aceptable”.

“Pero, en qué órgano de la vida local se basará esta terapéutica? ... el municipio es utilizable en muy pequeña escala para esta clase de empresas, pues peca de demasiado reducido, demasiado alejado de los asuntos

<sup>20</sup> Ibid, p. 33.

<sup>21</sup> Ibid.

capitales". El punto de partida debe estar "... en los núcleos del territorio y de la población que tienen vida propia"<sup>22</sup> Y estos núcleos de referencia local son variables, sus contornos en algunos casos son de carácter económico, en otros, de carácter cultural, incluso lingüístico.

Creo que debemos dejar de pensar el Perú desde la cultura descentrada de la nacionalidad dominante y empezar a imaginarlo desde "lo que hay de esencial e insobornable" en nuestras tradiciones. Así se empieza a construir la unidad desde la diversidad, desde los localismos abiertos, desde las diferencias reconocidas. Una identidad nacional inclusiva que se constituye en lugar de encuentro de la diversidad debe empezar a insertarse en la multiplicidad para, desde allí, mediante la deliberación pública, gestar las condiciones que hagan posible la lucha por el reconocimiento de las diferencias y la construcción de una sociedad más justa.

El conocimiento de nuestras tradiciones ancestrales y de nuestras fusiones culturales no es por ello un estudio vano que se justifica por sí mismo. "...El estudio del quechua y del aymara y de los demás idiomas nativos no solo debe servir para la investigación y la difusión de nuestras valiosas culturas autóctonas, sino como uno de los factores para seguir construyendo un Perú lejos de separatismos suicidas, más unido, más coherente, con el debido respeto a sus distintos grupos históricos y a la altura de los tiempos que vivimos y de los que vienen".<sup>23</sup>

---

<sup>22</sup> Basadre, Jorge. *Perú: problema y posibilidad*. Lima, Fundación Bustamante de la Fuente, 1994. p. 210

<sup>23</sup> Ibid, p. 294.



## BIBLIOGRAFÍA

Basadre, Jorge.

- 1947 *Meditaciones sobre el destino histórico del Perú*. Lima, Ediciones Huascarán.
- 1994 *Perú: problema y posibilidad*. Lima, Fundación Bustamante de la Fuente.

Macera, Pablo.

- 1979 *Conversaciones con Basadre*. Lima, Mosca Azul Ed.

Rubert de Ventós, Xavier.

- 1999 *De la identidad a la independencia*. Barcelona, Anagrama.